



Vista del hospital de la Princesa en el estado en que se encuentra.

ENSAYOS HECHOS POR LOS PUEBLOS ANTIGUOS Y MODERNOS

para componer un calendario exacto.

Es interesante conocer los ensayos que los pueblos mas instruidos han hecho para rectificar el calendario.

Los antiguos egipcios, cuya ciencia fué conocida desde el tiempo de Moisés, formaban su año de 12 meses, y cada mes de 30 dias. A estos 360 dias añadian cinco complementarios, sin tener en cuenta para nada las seis horas. Principiaba su año con el dia mas largo, cuando la estrella llamada *Sirius* y tambien *Canicula*, de donde han tomado su nombre los dias caniculares, salía al mismo tiempo que el sol, anunciándoles las crecidas del Nilo, cuyas salidas de madre anuales fertilizan aquel país.

Las semanas de los egipcios eran tambien de siete dias; probablemente porque sus astrólogos designaban sin razon las siete estrellas siguientes, como siete planetas en este orden: Saturno, Júpiter, Marte, el Sol, Venus, Mercurio y la Luna. Atribulase á estos planetas toda clase de influencia sobre los hombres y sobre la naturaleza, pretendiéndose entre otras cosas que cada planeta presidia á una hora del dia. Principiando por el sábado, se encuentra para Saturno la 1.^a, la 8.^a, la 15.^a y la 22.^a, razon porque se le ha llamado dia de Saturno, y entre nosotros por contraccion sábado. La 2.^a, la 9.^a, la 16.^a y la 23.^a decian que estaban colocadas bajo las influencias de Júpiter; la 3.^a, la 10.^a, la 17.^a y la 24.^a bajo la de Marte; la 4.^a, la 11.^a, la 18.^a y la primera de la mañana siguiente bajo la del Sol, de donde se le llamó dia del Sol, y entre nosotros domingo (del latin *dominica*, dia del Señor.) Si volviendo á principiar y siguiendo el mismo orden, se continúa contando, la primera hora del dia siguiente pertenecerá á la una, y efectivamente, de aquí ha tomado el nombre de lunes. Por el mismo cálculo se encontrará á Marte para la primera hora del dia siguiente, que fué llamado martes; Mercurio para la primera del dia siguiente, que se llamó miércoles; Júpiter para la de la mañana siguiente, que tambien por contracción se ha llamado jueves; y finalmente, Venus por

el último que se ha llamado viernes. Los nombres de Marte, Saturno, etc. que aquí empleamos son los que con mucha posterioridad á los antiguos egipcios dieron los romanos á los dioses de su mitología, y por consiguiente á los planetas.

Parece que los griegos no conocieron el año regular antes del sabio Solon de Atenas (en 594 antes de Jesucristo). Solon compuso entonces su año de 12 meses, de 4 50 y de 29 dias. Intercalábanse en seguida, sin regla cierta, los dias que faltaban; de suerte que habia años que solo tenían 354 dias, mientras que otros se componian de 384. Dividióse cada mes en décadas ó periodos de diez dias.

Los romanos fueron mas entendidos en esta materia. Verdad es que su año habia sido muy irregular en su origen, pues principiaba el mes de marzo; pero el segundo rey de Roma, Numa Pompilio (700 años antes de Jesucristo), añadió á los 10 meses conocidos dos nuevos: enero, que se llamó así del dios Jano, y febrero, cuyo nombre se refiere á ciertas instruciones que entonces se celebraban. Estos dos meses se colocaron luego al principio del año; después venian en el orden siguiente: marzo en honor del dios de este nombre; abril, tomado de la palabra latina *abrir*, pues en efecto se principiá á abrir la tierra en este mes; mayo, en honor de la diosa Mayo, madre de Mercurio; junio, de la diosa Júnio; julio, del célebre Julio César; agosto, por contracción del nombre del emperador Augusto; setiembre, en el sétimo mes cuando principiaba el año en marzo; octubre, el octavo; noviembre el noveno y diciembre el décimo.

En tiempo de Numa eran desiguales los meses. Cuatro tenían 31 dias, siete 29, mientras que febrero solo tenía 28, lo que no componia sino un año de 355 dias. Muchas veces habia habido que intercalar los dias subsidiarios para estar conformes con la marcha del sol; pero unas veces se intercalaban muchos y otras pocas. Julio César, en su cualidad de gran pontífice, se vió en la necesidad de remediar esto, porque el año estaba en una confusion tal, que el equinoccio de primavera aun no habia llegado en mayo. Auxiliado por algunos sabios astronómicos, consiguió restablecer el orden en los cálculos; intercaló 90 dias y mandó que en lo sucesivo se compusiese el año de 365 dias, que principiarían el 1.^o de enero, y que los meses tendrían alternati-

mente 30 ó 31 días, excepto el mes de febrero que solo tendría 28. Como entonces se creía que el exceso era de seis horas, decidió que cada cuatro años se intercalaría un día el 24 de febrero, y que aquel año tendría este mes 29 días. Este calendario, llamado Juliano, del nombre de su autor, continuó en uso mucho tiempo entre los pueblos cristianos.

Después de esto parecía que el año estaba bastante exacto; pero César había contado algunos minutos más. Después de 428 años aquel pequeño excedente firmaba ya un día, y el año 4577 después de Jesucristo 13 días. Pero como se habían omitido tres días en diferentes épocas, el excedente era solo de diez días. El papa Gregorio XIII, ayudado por algunos sabios, calculó exactamente este exceso y mandó que el año 1582, en que á la sazón se hallaban, no tuviese más que 533 días, y que el día 4 de octubre llovase la fecha del 15. Todos los países católicos siguieron esta orden.

De este modo se ordenó el año, y el equinoccio de primavera no cayó el día 10, sino el 20 de marzo. Necesitábase sin embargo adoptar precauciones para lo sucesivo, é impedir que no se aumentase demasiado excedente. Adoptando para 100 años 25 días para intercalar, se hubieran tomado 46 más unas 19 horas; lo que, después de 400 años, daba 76 horas. Para remediar Gregorio este inconveniente decidió que cada tres siglos no sería el año bisiesto; así, pues, los años 1700, 1800 y 1900 habían de ser años ordinarios, debiéndose hacer las intercalaciones en los años 1600 y 2000. Verdad es que á lo largo acabará por ser inexacto este cálculo, y que llegará el momento en que deje de estar en armonía con la naturaleza; pero ya se ocuparán de ello si quieren nuestros descendientes.

Cuando Gregorio XIII verificó la reforma del Calendario, se encontraban en todo su auge las querrelas religiosas, y como era un Papa el que proponía la medida, los protestantes y los diamálitos en general se obstinaron en no adoptarla; quedaron pues atrasados primero en 10 días, después del año 1700, en 11, en atención á que según el calendario Juliano, había hecho este año bisiesto. Tal diferencia de cálculo causó tanta confusión en lo concerniente á las fiestas, á las ferias y á otras relaciones sociales, que por último una parte de los protestantes pensó en imitar á los católicos. En 1700 se decidieron á adoptar el Calendario Gregoriano, y después del 18 de febrero, omitieron 11 días, y pasaron inmediatamente al 1.º de marzo.

La Inglaterra no adoptó esta reforma hasta 1752; la Dinamarca y la Suecia en 1753, y en 1778 desapareció la última discordancia que existía entre las dos confesiones; sobre el día en que había de fijarse la fiesta de Pascua. Únicamente en Rusia conservó el calendario Juliano, quedando atrasada en 12 días.

El cálculo de tiempo fué muy imperfecto entre los judíos hasta la cautividad de Babilonia. La noche estaba dividida en tres secciones; la primera desde el ponerse el sol hasta media noche, la segunda hasta el primer canto del gallo, y la tercera, que se llamaba de la mañana, hasta salir el sol. Después los romanos dividieron la noche en cuatro partes. Los judíos dividían el día en cuatro grandes secciones, cada una de las cuales contenía otras más pequeñas que se llamaban horas, cuya duración variaba según la estación. La semana comenzaba el sábado al anochecer y concluía con el sábado. Se conocían ya 12 meses lunares que principiaban á la primera aparición de la luna nueva, celebrándose esta fiesta con sacrificios. Para restablecer la armonía con la marcha del sol, tenían que intercalar días, puesto que el año lunar solo tiene 354 días y unas 11 horas. El año principiaba con el equinoccio de primavera. Los levitas debían examinar lo primero si se podía verificar la cosecha de la cebada 16 días después; en caso contrario se intercalaba en el año un 13.º mes, y solo á la conclusión de este principiaba el año siguiente; al primer día del mes de Nisan, ó 116, es decir el segundo día de Pascua, se ofrecían á Dios espigas de cebada y maduras como primicias de la cosecha, que no principiaba sino después de este acto religioso, y que por lo común concluía al cabo de siete semanas. Las principales fiestas eran: la de los diez de Azyrnos, llamada también la Pascua; la de Pentecostés, llamada también la fiesta de las semanas, en conmemoración de la ley dada en el monte Sinaí; la de la luna nueva, que se celebraba el primer día del séptimo mes, por el que principia el año civil de los judíos; la gran fiesta de Propiciación, que era un día de ayuno; en fin, la de los Tabernáculos, destinada á dar gracias á Dios por la cosecha de los frutos y del vino.

En todo el tiempo que transcurrió entre la vuelta de la cautividad y la destrucción del segundo templo el año 70 después de Jesucristo, no se determinó el año de una manera astronómica; pero los meses y las fiestas estaban distribuidas poco más ó menos como entre nosotros. El nuevo mes principiaba luego que dos hombres dignos de él atestiguan haber visto el cuarto creciente; si esto sucedía el día 30 del mes no tenía más que 29 días y se le llamaba defectivo. Si no había sido testando, permanecería completo el mes, y se principiaba naturalmente después del 30 al mes siguiente. Sin embargo, para no contar

muchos meses completos, se estableció que no habría en el año menos de 4 (hoy 3) ni más de 8. Enviábanse mensajeros por todas partes para anunciar la época de las fiestas generales; pero como podía suceder que no llegasen á tiempo á ciertos lugares, se tomaba el día siguiente del 20 por el día de la luna nueva, y para tener seguridad de celebrar en común al menos uno de los días de las grandes fiestas que duraban una semana, se habían acostumbrado, ora se diesen 30 días al mes, ora 29, á duplicar los primeros y los últimos días de estas grandes fiestas. Aun cuando los judíos conocen hoy mejor la longitud de los meses, han conservado sin embargo esta costumbre. Añadirón después á las antiguas fiestas los *Exercicios* en conmemoración de la purificación del templo: el *Pesach* ó la fiesta de *Aman*; en fin, otras cuatro fiestas, de las cuales la primera era en conmemoración del sitio de Jerusalén por Nabucodonosor; la segunda la toma de la ciudad por el mismo Rey, y después por el Emperador Tito; la tercera la destrucción del primero y del segundo templo; en fin, la cuarta por el asesinato de *Gabobias*.

Los judíos de nuestros tiempos han arreglado mejor el Calendario, aprovechándose de los conocimientos de otras naciones. Principian el día á las seis de la tarde. Cada uno de sus 24 horas está dividida en 1,080 partes, y cada una de estas en 76 momentos. Los días de la semana, principiando por el domingo, están designados con las siete primeras letras de su alfabeto. A los 12 meses suelen añadir un 13, llamado *Veader*, que tiene siempre 30 días, y que se intercala antes del mes de las Pascuas. Han de intercalarse siete meses para completar 19 años solares. Cuentan los años desde la creación del mundo.

El Calendario de los turcos se compone de un año lunar de doce meses, alternativamente de 29 y de 30 días. Le han recibido de su profeta Mahoma, quien hizo pocos cambios en el Calendario árabe tal como era en su tiempo. Los turcos principián el día á las seis de la tarde, se compone de doce horas, cuya duración varía según las estaciones, así como la de la noche. Su semana es de siete días, y el viernes, que llaman *dehrama*, es su domingo. No han intercalado jamás mes alguno, de lo que resulta que su año nuevo reborra, retrocediendo, todas las estaciones en 55 años. Sin embargo, los turcos instruidos conocen un calendario más regular, determinan como los judíos el principio de cada mes por la aparición de la luna nueva, teniendo mucho cuidado en ello, sobre todo en la luna nueva del noveno mes, llamado *Ramadan* ó *Ramazan*, porque principia entonces entre ellos un ayuno general de 30 días, durante el cual nadie, excepto los vienes, los enfermos y las nodrizas, puede, sopena de muerte, tomar ningún alimento antes de ponerse el sol; pero se indemnizan por completo en los festines y en los regocijos de la fiesta del *Bairan*, en los tres primeros días del décimo mes. El pequeño *Bairan*, que se verifica el día 10 del duodécimo mes, termina la peregrinación que acompañan á la peregrinación de la Meca. La era de los turcos data desde la huida (Hijra) de Mahoma de la Meca á Medina, que tuvo lugar el 10 de julio del año 622 después de Jesucristo.

Los chinos tienen también un año lunar de 12 meses de 29 y 30 días. Intercalan siete meses en 19 años; principián á contar las lunas del día desde las once de la noche, y dividen el día y la noche en dos partes, cada una de las cuales está dividida en cuatro cuartas; tienen además un ciclo de 60 meses, de suerte que no vuelve el nombre de cada mes sino cada cinco años.

Todas las naciones cristianas de Europa, excepto los rusos y los griegos, siguen hoy el Calendario Gregoriano.

La costumbre adoptada por los pueblos cristianos de datar su era desde el nacimiento de Jesucristo, nos trae como por la mano á decir alguna cosa acerca de la cronología ó del cálculo del tiempo. Como que los pueblos antiguos determinaban de una manera completamente diferente unos de otros la duración de sus años, es muy difícil verificar sus fechas, comparándolas con nuestro actual Calendario. No se puede determinar con exactitud á qué año de la creación del mundo, según las Escrituras se refiere el en que nació Jesucristo. Por lo común se eren que fué en el 4000. La fecha de las acontecimientos anteriores á Jesucristo se determina de dos maneras, ó contando los años que han pasado desde la creación, ó haciéndoles retrogradar desde el nacimiento de Jesucristo. Así por ejemplo se dice que el diluvio se verificó en el año 1656 después de la creación, ó el 3544 antes de Jesucristo. Se menciona también en los Calendarios una era de *Nahonassar*: era este un rey de Babilonia, desde la fecha de cuyo reinado se principiá á contar la era que lleva su nombre, principiá el 38 de febrero (747 años antes de Jesucristo, ó 5253 después de la creación). Pero esta era, de que solo han hecho uso algunos sabios orientales, tiene poca importancia para nosotros. Lo mismo sucede con las olimpiadas de los griegos. Este pueblo celebraba cada cuatro años el 1.º de julio, cerca de Olimpia, luchas y juegos públicos en honor de los dioses. Una olimpiada es pues un período de cuatro años, y la era llamada de las olimpiadas principiá con la primera que se celebró el año 5234 del mundo, ó 776 años antes de Jesucristo.

Largo tiempo después del nacimiento de Jesucristo, los cristianos del imperio romano contaban sus años datando desde la fundación de Roma. El año 284, después de Jesucristo adoptaron una nueva era, llamada era de los mártires ó de Diocleciano, por las persecuciones que sufrieron los cristianos en tiempo de este emperador. Pero estas diferentes eras producían tantas discusiones, sobre todo cuando se trataba de celebrar la fiesta de Pascua, que un abad de Roma, llamado Dionisio el Pequeño, propuso calcular los años desde el nacimiento de Jesucristo. En 532 se introdujo por la primera vez el uso de esta era que fué sucesivamente adoptada por otros cristianos. Tenemos pues decir el buen abad no profundizó bien en sus cálculos la historia del tiempo, puesto que colocó la época del nacimiento de Jesucristo cuatro ó seis años después que realmente se verificó. Este error ha continuado por la dificultad de verificarlo.

EL AMOR COMO ELEMENTO DE ARTE,

CONSIDERADO

en la poesía lírico-erótica de los provenzales.

ARTÍCULO SESTO.

Es nuestro particular empeño manifestar, que una serie de causas subjetivas y objetivas, se oponen á la existencia del conjunto de relaciones necesarias para que un arte, una filosofía, una literatura alcancen, influyan sobre otra, comunicándola su propia vida y forma.

Heimos apuntado entre las causas subjetivas, una muy principal histórico-filosófica, sacada de la naturaleza y espíritu mismos de las literaturas orientales. Nos proponemos ampliar cumplidamente estas causas subjetivas en el exámen filosófico de los elementos que entran en la formación de la literatura hispano-arbíega. Pasando después á las causas objetivas, nos fijamos en las puramente históricas, y bajo este determinado punto de vista recorrimos todo el siglo XI. Antes de dicha época, es de todo punto inútil indagar la existencia de relaciones entre las dos literaturas de que hablamos; porque mal puede existir la comparación, cuando de los dos términos que la componen falta uno: en el caso presente el término que falta es la literatura provenzal que no existe formada en este siglo.

Explicamos igualmente en el mismo artículo y como prefacio de nuestro resto histórico, confesando empero que era ajeno al curso de nuestros estudios puramente literarios, la principal causa de la decadencia del imperio carolingio, atribuyéndola nosotros á la relajación del poder central en manos de los últimos califas; antes despreciables en vuestras en los ignominiosos pliegues de un doble requitismo físico y moral. Aprovechamos, por último, tan oportuna circunstancia para citar la opinión del docto Montesquieu y la nuestra, sobre este linaje de asuntos y hacer una alusión á las cosas de nuestro país, que á parte de lo respectivo al amor considerado como elemento de arte en la literatura provenzal, lleva en sí una gran verdad que tarde ó temprano hemos de ver realizada.

Continuemos ahora, en la breve consideración histórica, de los hechos que en los últimos años del siglo XI, en el transcurso del XII y primera mitad del XIII; es decir, desde el año 1086 hasta el de 1246, son insuperable obstáculo á las relaciones internacionales de que acabamos de hacer mención.

Las naciones son como los individuos. Cuando estos se hallan en su período ascendente, en el período de su juventud y virilidad, sus fuerzas morales e intelectuales se desarrollan á compás de sus fuerzas físicas. Este brillante período de la vida humana es el período de la creación, del entusiasmo, de la gloria. Todas las manifestaciones de nuestra actividad, sean cuales fueren, llevan fija é indelible la señal de la época de nuestra existencia en que salen á luz. Señal que no es otra que ese carácter de vigor y robustez que les imprime la fuerza creadora de donde dimanan. Así se explica como en ese gran período de las naciones y de los individuos, las manifestaciones puramente ideales de la creación humana; las letras, las ciencias, las artes; y sus manifestaciones reales y sensibles; el comercio, la industria, las grandes empresas, ya pacíficas, ya guerreras; y todo cuanto denota en los pueblos grandes recursos de actividad intelectual y física, está basado sobre robustos principios, tiende á gran perfección, se lleva á cabo con abundantes medios y produce felices resultados.

El hecho pues, natural, sencillísimo, de tener consistencia y brio las creaciones del hombre en una época determinada de su vida, se reproduce, íntegro, con las mismas condiciones y circunstancias en la vida de las naciones. Cada una de ellas tiene su siglo de oro, su época gloriosa de virtud y de creación; y véase cuán grande, cuán opulento desarrolló todas en esta época de fecundidad todos sus hechos sociales, religiosos, morales, políticos, científicos, literarios y artísticos. Si

en la vasta llanura ideal en que, á manera de dispersos grupos de arbustos que la matizan, se nos aparecen las naciones del orbe, una de ellas se eleva á grande altura en ese feliz siglo de oro, en ese tiempo de juventud, de virilidad y gestión de que hablamos; si su vasta sombra cubre á todas las demás que nacen, crecen, ó decaden y mueren á su lado en este caso, nosotros admitimos las influencias en ciertas y determinadas cosas y en limitada esfera. Si dicha nación ha de ejercer alguna influencia sobre otra cualquiera, invocando pasados recuerdos, despertando ideas adormecidas, depositando en su seno el germen de otras nuevas, ó aguijoneando su ambición, ó de otro cualquier modo seguramente que es llegada para ella la hora de verificarlo. Pasado su siglo de Pericles, de Augusto, de Leon X, de Luis XIV, ó como se quiera, el círculo de su fecunda sombra se irá poco á poco restringiendo, los destellos de su luz se irán apagando y su elevada estatura pronto se menguará hasta el punto de quedar de nuevo reducida á la estatura común de las demás naciones. Su influencia, legítima, incontestable á la par que rica y esplendorosa, se habrá hecho pobre, mezquina, trivial, hasta desaparecer por completo. Esa nación poderosa que habrá llenado el mundo con el ruido de su nombre; que con su sombra bienhechora habrá cubierto á multitud de naciones y las habrá hecho germinar y desarrollarse sin tocar empero á su vida propia; cumplido que haya su misión, irá rápidamente disminuyendo su grandeza y la confundirá con las medianas proporciones de las demás pueblos.

Pero tan pronto como dejen de asomar al horizonte las últimas ráfagas de su pasado esplendor, se verán aparecer fuertes y donosos, los gérmenes de otra nacionalidad; se les verá crecer gradualmente, tomar desusado desarrollo y ocupar luego en el espacio el puesto que aquella deja vacío. Tal es, y no otra, la ley histórica y filosófica del progreso de los pueblos, no simultáneo y completo, sino gradual y sucesivo.

Es aquí como, en caso de influir, influyen unas naciones sobre otras.

Mas ya que tratamos, con algún detenimiento la difícil cuestión filosófico-literaria de las influencias, como preliminar de lo que vamos á exponer en el presente artículo, espongamos, manifestado el primero, el segundo caso en que, ó todos, ó cualquiera de los elementos que constituyen la civilización de un pueblo, aunque débil este y decayente bajo distintos puntos de vista, pueden legítimamente influir sobre otro. El segundo caso de que queremos hablar es aquel en que, habiendo habido lucha entre dos pueblos, entre dos nacionalidades, como la hubo entre Grecia y Roma, entre esta y los pueblos del Norte, el pueblo vencedor ha sostenido con el vencedor larga y reñida lucha y ha visto por fin fundirse en este su nacionalidad propia. Se necesita por lo tanto para que Grecia vencida y atada al carro triunfal que conduce al capitolio, á Perses, á Pablo Emilio y á Mumio ejerza suave, benéfica influencia, sobre la ruda Roma, que la victoria del vencedor no sea completa, radical, absoluta; sino que sea una victoria parcial, incompleta, determinada: la victoria esclusiva de la fuerza bruta, no de la fuerza de la idea, de la virtud del sentimiento. Por eso decimos que es preciso que la victoria de un pueblo sobre otro se verifique en todas las manifestaciones diversas que constituyen su nacionalidad, para que vencida esta, confiese espontánea su inferioridad, reconozca y acepte el yugo moral, el yugo de la idea que se le impone.

Esa culta y provechosa influencia que reconocemos, con ciertos límites y en determinadas esferas, es el único consuelo que ótriga benéfica la Providencia, en su desgracia, á los pueblos sujetos á ajenas voluntades, para hacerles llevar menos pesada y afrentosa la cadencia de la esclavitud. Les permite contemplarse, como el gran Mario, dignos, majestuosos, imponentes, en medio de sus cadenas y contemplar asimismo al vencedor, unidas las sienes con la corona de la victoria; postrarse á sus pies, pedirle los consejos de su sabiduría y el destello de luz que ilumine su opaca frente.

Una nación vencida, humillada, escarmentada, lucha durante ochó siglos con brio, con heroico esfuerzo, para herrar la ignominia que mancha su frente, para sacudir el peso de sus cadenas, para reconstruir su bella nacionalidad, ajada en su flor, hecha pedazos y repartida entre sus enemigos. Mas la lucha de la que nace contra la que manda, de la esclava contra la señora, es frente á frente, de igual á igual. Cada una pelea á la sombra que sobre ella proyecta el estandarte de la fé que profesa; con los sentimientos que alientan su corazón; con la idea que agita su mente; con el recuerdo de su pasado; con el interés de su presente; con la gloria de su porvenir. Cada una combate por su religión, su política, su ciencia, su arte, su nacionalidad. Cada una tiene iguales esperanzas, dirige iguales ilusiones y dispone de iguales medios de realizarlas. Cada una lucha con melita pujanza, sostiene con denuevo el puesto que ocupa, ó se retira con honor del combate para recuperarle luego. Cada una de estas naciones conserva intacta su nacionalidad y se separa de la contienda sin menoscabarla un quilo. Si se suspende un momento la sangrienta lid, si se

leo de la palestra los combatientes, es para avistarse como leales, tretarse como buenos, socorrerse como amigos, agasajarse como compañeros y rendirse mutuamente tributos de admiración y aprecio. La pelea toma entonces más donoso aspecto: los árabes cantan las proezas de nuestros héroes y nosotros celebramos las hazañas de sus ydalgos.

Y nosotros preguntamos: ¿ahora? ¿colocadas dos naciones en semejantes circunstancias puede la una influir sobre la otra? ¿en qué, cómo, cuando cabrá esa influencia? ¿no es esta la abdicación libre y espontánea de una idea, que en el terreno solo de las ideas, júnctase en el de los sentimientos, admitimos nosotros las influencias, ó erróneas, ó inferior á otra, ante la verdad ó superioridad de otra idea? Y cuando cada una de las partes que luchan en el terreno de los hechos y en el de las ideas, trece, está infinitamente personificada que el lema que lleva escrito en su bandera, que la idea, que alienta su pecho y arma su brazo, es la mejor, la más elevada y santa; ¿cómo cada una de estas partes entregadas ha de entregar á su contrario la bandera que la guía en el combate para verla humillada, arrojada por el suelo? Así espúsculas nosotros cómo no ha podido haber mútua influencia entre dos nacionalidades distintas y opuestas, aun cuando por tan largos años hayan confundido su existencia bajo un impuro suelo y vivido, por decirlo así, bajo un mismo techo.

Explicada la difícil teoría de las mútuas influencias de los pueblos tal cual nosotros la comprendemos, y vistas las circunstancias en que pueden verificarse, pásemos á examinar cómo en el período histórico comprendido entre los años 1086 y 1246, las críticas, las borrascosas circunstancias por las cuales pasa la nacionalidad hispano-musulmana, lejos de ser propicias á cualquier influencia próxima ó lejana le son radicalmente contrarias.

Las naciones como los individuos tienen sus períodos de desasosiego de ánimo, de corrupción de corazón, de trastorno mental, de delirio, de locura, de vértigo. Grecia, Roma, Cartago, el imperio de Oriente, todas las naciones antiguas y modernas lo han tenido y nosotros atravesamos en este momento tan fatal período.

Después de haber largo tiempo gastado en estéril actividad en pueriles luchas intestinas, en raquíticas y extravagantes zambombas, en érinemes, en perfidias sin fin, esos reyes de carnaval que habían sentado su trono de un día sobre el vasto cadáver del califato cordobés, cansados de blandir la inútil espada y de teñirla infernalmente en sangre musulmana; cansados de él mismos, avergonzados de ver su imágen reproducirse fea y asquerosa en sus propias obras; hartos de gozar de una libertad anárquica y monstruosa, abandonaron sus insanos proyectos, depusieron sus pequeñas ambiciones, renegaron de una libertad que en contra suya se tornaba infame, y buscaron, anhelaron más bien, duro, férreo yugo.

Mientras los pueblos están regados por las pasiones que la mano de Dios ha desencadenado contra ellos, cual si fueran vientos de Bolo, se entregan, se color de buscar una libertad absoluta, un círculo de acción ilimitado, á todos los errores, á todos los desaciertos, á todos los crímenes, á todos los desmanes de que se capaz un pueblo en ese período febril y calenturiento que hemos llamado. Caminan como locos, obran como mentecatos, divaga su razón estraviada, cual flúmina pueriles, pierden su inteligencia en imposibles concepciones, en medidas felicidades, en pueriles ensueños. Figúranse insensatos ser libres y felices porque sueñan serlo.

Mas cuando el dedo de la Providencia ha apartado el velo que sobre sus ojos se corria denso, cuando ha despejado la caudante atmósfera que tenía trastornada su mente y corrompido su corazón, reconocen el error en que han vivido durante el período de su locura, lo confiesan humildes, y reclaman pesados de una libertad que pronto se trueca, en las naciones como en los individuos, en dédica protectora de la desatención, de la maldad, del crimen. Si, porque la libertad política, tal como suele frecuentemente comprenderse, es tan solo sueltada con entusiasmo por el hombre criminal que busca en ella un escudo para luchar cara á cara con la ley, para vencerla y humillarla, y ostentar sobre sus ruinas su triunfante iniquidad. Solo es digno de esa libertad el pueblo virgen en las sendas del vicio; pero que ha andado largo trecho en el camino de la virtud, de la abnegación, del patriotismo. El buscar ese pueblo feliz entre las modernas naciones de Europa, es pretender ver realizadas las utopías concepciones de Platon y Aristóteles, los infantiles ensueños de Thomas Morus y Campanella.

Ya que se conocieron corrompidos, débiles, indignos de una libertad arrancada por medio del crimen, al decaimiento físico y moral de los últimos vasallos de la dinastía de los Beni-Omeyas; esos mandarines de carnaval, esos personajes de comedia que jugaban á los reyes en el suelo andaluz, se despojaron de sus mantos de escarnio y formaron con ellos un manio imperial para un nuevo califa. Hecháronlo humildes sobre los hombros de otro Abd-el-Rhaman, de otro fundador de imperios, de otro reconstructor de una sala de mil actividades vestidas é inebundas, y llamáronle para que los gobernara al rudo Yes-

sup-ben Tachfin, especie de Atla africano, que acababa de fundar en Marruecos el vasto imperio de los Almorávides.

Aquel funesto período, que en otro lugar hemos rápidamente bosquejado, y cuya ensangrentada sombra se proyecta toda entera sobre el espacio que media entre los años 1081 y 1086; cuando con el último suspiro de la oscura agonía de Hixem III coinciden los gritos de rebelión lanzados por los gobernadores de las provincias, trocándose de súbito en reyes; cuando cruza el territorio musulmán bajo los golpes fraticidas de los que mutuamente se disputan el desapacible fruto de su rebelión; cuando toma mayor incremento el fuego de la contienda por los combustibles que á ella arrojan los monarcas de Aragón y Castilla; cuando todo en fin, en nuestro suelo es lucha incessante, sangrienta, inhumana; cuando todo es traición, crimen, perfidia, ruina y muerte; aquel funesto período que ha tiempo yacía bajo la losa del sepulcro, toma de nuevo formas humanas y aparece descarnado, pavoroso, terrible, en el intervalo que separa los años de 1080 y 1140.

Quéno Yussuf del suelo que obedeció á los reyes andaluces, apenas sienta en él su firme planta, conviértela prontamente en un vasto y bien fortificado campamento que dá frente al que en la otra mitad de la península han formado los reyes de Navarra, Castilla y Aragón, reunidos en el momento del peligro bajo común estandarte. Entáblase la lucha entre ambos pueblos, en proporciones grandes como nunca, y pelean ambos con valor, con entusiasmo, con ira, con encenso; y no se oyé en las ciudades y en las aldeas mas que el estruendo de las armas, las aclamaciones de los vencedores y los gritos de desesperación de los vencidos. Y así los hay son sobremaradamente raros, y pierden en el espacio los débiles ecos de la lira del poeta; aun eco de lucha, de venganza, de estérmino, de muerte. Son ecos opuestos á los de la placida lira de los provenzales que canta á la sazón venturosa y alegre, como la de los pastores de Virgilio, las delicias de agena campiña, las dulzuras del amor, la belleza de una dama, el bello decir de un caballero, y cuanto tiene la vida del hombre de gracioso, de apacible y de tierno.

Sin embargo, la lucha se agranda, la pelea se encruce á medida que la feliz estrella musulmana arroba su decreciente esplendor á la estrella española que se oculta por completo en Zalaca y Uclés. Y continuada tenaz é implacable la sangrienta lid; y siguen los pestíferos días del siglo XI tan agitados, tan borrascosos como los anteriores; tan tristemente funestos para las letras, para las ciencias y las artes; y oyese apenas entre tantos ruidos encontrados, entre tanto pavoroso estruendo, en tan terrible alarma, allá á lo lejos y como los últimos ecos de una lid que se rompe, la severa voz del Músolo Avaranza enseñando las ingeniosas teorías dialécticas del maestro de Alcañal, á pueblos que habían enemigado con la fuerza del brazo y la luzca de las armas.

La segunda mitad del gran drama social, á que ahora asistimos, en el tener período de la vida de los árabes españoles, se estiende al través de toda el siglo siguiente, entre los años 1146 y 1246, y se manifiesta tan devuelto, tan tempestuosa, tan fiurada en trágicos acontecimientos como la primera.

La dinastía de los almorávides, resplandeciente luzca que traza, ilumina y oscurece á la par el horizonte, había sucumbido á impulso de las mismas causas que dieron muerte á la preciosa dinastía cordobesa.

En los países orientales está, y debe estarlo, de tal modo constituido el poder público que los reyes, que sus buenas ó malas condiciones de vida están ligadas á la suerte de un solo hombre. Como la idea de gobierno es correlativa á la idea de organización social, se reproducen fieles en esta todas las fases diversas por las cuales pasa la primera. Si el poder central se mantiene fuerte, vigoroso y ordenador, la organización social, como consecuencia inmediata, se conserva firme, anida, igual, y camina sin deterioro ni menoscabo á impulsos de la mano superior que la guía. Mas cuando aquel enfermo, se deleita y exultaba; cuando la vigorosa mano que la tiene asido, impotente, ineficaz para sostenerle, se dobla y le deja caer por el suelo para que multitud de otras le recojan; cuando esto sucede en un pueblo, se rompe el equilibrio, se trastornan y enredan todos los elementos que forman la vida pública de las sociedades y en medio de este caos, de esta confusión, de esta anarquía de los hombres y de las cosas, de los poderes y de las instituciones, de los sentimientos y de las ideas, se elevan á la superficie de ese mar borrascoso que agita febrilmente sus entresijos, las heces sociales, lo que un pueblo encierra en su seno de mas suédo, de mas repugnante, de mas ignominioso. Esas heces sociales; esos elementos deletéreos y ponzoñosos que hullen bajo cualquier organización política; esos elementos disolventes que en lenguaje de la ciencia de gobierno se llaman hombres de revolución; cuando conocen que yace por tierra vencido y humillado el poder regulador de las naciones, aparecen, como sombras evocadas por mágico poder, sobre sus ruinas, crecen y medran poderosos y se elevan á grande altura y traquetean y ahoran á los pueblos su color de ser ellos solos la genuina expresión de su voluntad triunfante.

Esos seres audaces que imponen á los pueblos un poder tiránico y suspiras, se divisan tranquilos en medio de la tormenta que han levantado, como los naufragos de quienes habla Virgilio *vixit nantes in gurgite vasto*.

Los descendientes del esforzado Yussuf, vástagos indignos de tan ilustre raza, ramas débiles y enfermas de tan robusto tronco, vagos y pálidos reflejos de una luz, en otro tiempo tan viva, cedieron pronto al empuje del viento de tempestad que comenzaba á soplar impetuoso y se recurrieron al aspecto de la nueva ráfaga luminosa que cruzaba el horizonte. Incapaces de llevar más tiempo el peso del vasto imperio que habían heredado, sacudieron los hombros y dejáronlo rodar por el suelo. Y como siempre hay en los pueblos quien pasa la vida á caza de andrajos de poder, y esto se llama en moderno estilo, abnegación, virtud, patriotismo; como siempre hay quien lucha por asir lo que otro tiene en la mano, bajo pretexto de servir á la patria; apresuráronse á recogerlo los que conspiraban por aguzar el poder de los sucesores de Yussuf, tan luego como le vieron abandonado. Incapaces ellos mismos de sostenerle fuerte y vigoroso le dejaron á su vez caer y abalanzáronse otros para asirle de nuevo, repitieronse las feroces, las

Este sistema, aunque brillante asílo de la morisma española; este reino de Granada que despide antes de apagarse destellos de radiante y fecunda luz; este reducido estado que parece concentrar en sí todas las glorias y desdichas de la raza oriental, y ser el precioso rasúmen, la bonita síntesis de su florida nacionalidad, forma, como hemos dicho, la segunda faz ó período de la civilización árabe-española. Mas perteneciendo este lujoso período de la vida oriental á los siglos XIII, XIV y XV, cuyo tiempo corre paralelo y en desapeable contraste con la decadencia y ruina de la literatura provenzal, no es de nuestra cuenta y riesgo continuar en el exámen de las causas históricas, que de hoy más puedan impedir la reciprocidad de relaciones literarias entre ambos pueblos. Basta considerar que entre ellos se corre, como denso y tapado velo, la sombra que proyecta la gran nacionalidad española, casi constituida ya con los ilustres reyes de Aragón y Castilla que á manos llenas derraman imperecedera gloria sobre los indicados siglos. Ni la literatura árabe traspasa los límites del nuevo estado que forman las cien villas sobre las cuales andea aun el estandarte del Profeta, ni los débiles ecos de la rota lira de los provenzales penetran más allá del vecino país catalán.



(La vuelta del soldado breton.)

asesnatas, y esterminadoras luchas, que concluyen con la dinastía almohávide. Yussuf había sucedido á Abd-el-Rhaman como enviado por el profeta para poner dique á los arroyos de sangre que inundaban su suelo predilecto.

Nacido en la oscuridad, educado en el olvido, entregado desde su niñez á las místicas prácticas de la religion Mohamed Al-Moumen, á semejanza de los dos ilustres guerreros que le habían precedido, en la misión de atajar los males de su patria había oído desde su apartada soledad, el crujir de las armas musulmanas bañándose en múltua sangre. Habíase lanzado de repente fuera de la gruta, y trocáudo el hábito de anacoreta por el traje guerrero, había acudido presuroso á la pelea y arrojado su espada en medio de los combatientes. En él comienza la dinastía de los almohades. Continúa también en él la lucha entre la cruz y la media luna, suspendida un momento por las querellas intestinas de los hijos del desierto allende los mares. Triunfante por vez postrera en Alarcos el poder musulmán, los brillantes destellos que arroja la estrella del Profeta son los rayos de luz del astro que se hunde en el Océano, de la lámpara que se sume en las tinieblas. Venido, humillado, puesto en vergonzosa fuga en Santarén y en las Navas de Tolosa, retirase prontamente á Granada á ocultar su derrota, á lamentarse de sus pesadas desgracias.

Aquí nos detenemos en el exámen de los hechos históricos que si no las imposibilitan, al menos sirven de penosísimo obstáculo á las relaciones que en otras circunstancias podrían haber dado origen á las influencias literarias que ciertos escritores apasionados, por motivos personales de todos conocidos, de cuanto á la civilización árabe se refiere, suponen haber ejercido el primero de estos pueblos sobre el segundo.

En los artículos siguientes examinaremos, bajo el punto de vista estético literario, ya que en la primera parte del artículo 3.º lo hemos hecho bajo el punto de vista propiamente histórico, su índole, carácter y especiales tendencias de la literatura árabe en nuestro suelo, y particularmente su elemento lírico-erótico. Siendo el principal objeto de nuestros estudios considerar la naturaleza de este elemento en la literatura provenzal, haremos este examen por el método comparativo, y sentadas las premisas, deduciremos las consecuencias que venimos sosteniendo, como inconcusas verdades literarias, desde el principio de nuestra tarea.

ANTONIO DE AQUINO.

LA CORTE DEL ALMIRANTE.

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

POR D. VENTURA GARCÍA ESCOBAR.

LIBRO PRIMERO.

CAPÍTULO XIV.

(Continuación.)

—Solo sé que cada hidalgo, y que en las leyes de mi sangre jamás es víctima la mujer.

—¡Oh!... ¡qué idea de esperanza!...

—¿Cómo pues?...

—La ermita tiene una salida, que esos temerarios no interceptan porque no lo han menester.

—¿La de la iglesia, que desemboca sobre el camino?...

—Precisamente.

—¿Mas los caballos que tienen que cruzar por el zaguán próximo á la portería?...

—Si se hacen sentir, todo está perdido.

—Elvir y Mendaya les envolverán los cascos en pieles, y saldrán sin riesgo.

—Me place. A un lado esa dificultad.

—Golpear un timbre; presentarse Mendaya, y darle la orden y ponerla por obra el escudero, fué obra de un solo instante.

—Por la sacristía, continuó la condesa, entramos al templo y...

—¿Y qué?... prosigue doña Ana... ¡me estremese esa turbación!...

—Acaso profanamos la casa del Altísimo... pero tendrá piedad en gracia de la buena voluntad.

—La guerra, como la necesidad, carece de ley.

—Una vez en la iglesia, obturemos como lo aconsejen las circunstancias.

Pero ganando felizmente la salida, en cinco minutos me dejás en seguro, y partes adonde te llama tu glorioso destino.

Belardo en esta sazón entró á dar por cumplidas las órdenes de su señora.

—Guad, le dijo esta, echando á andar en su pos, asida del brazo del caballero.

Una descarga de arcabucería, y un alarido de combate resonaron en torno del santuario, y cortaron los pasos de la ilustre pareja y su taquíno doméstico.

—¡Ya es tarde!... clamó doña Ana, tomando presurosa á la entremetida celosa.

—¡Joforno!... prorumpió D. Pedro, ahogando por respeto al resto de su militar imprecación.

Desde su recóndito mirador observaron nuestros dos personajes una escena que no podían esperar ciertamente. Un combate sustituido á qué cita de amor no es peripeia que se ve todos los días.

Y un combate nada menos tenían ante sus ojos. Las cuchilladas iban y venían como si fueran regalos de Pascua. Había bote de lanza que valía un condado, y tintarazos de marca mayor.

Dos centenares de montadas lanzas venían peleando en desastrosa redonda contra un escuadrón de enlutados gineles, que les acosaban con su irresistible empuje. Algunos corredores, que llegaron con el marqués de Astorga á la portería del santuario, hallándose con que sus batidores no habían franqueado la entrada, y que no podían guarecerse de la derrota al abigo de aquellos muros, se apostaron en los setos y matorrales de la contigua alameda. Desde este improvisado alincheramiento dispararon aquella rotunda de mosquetería, que conseró á los fugitivos amantes. Pues viendo los irreflexivos soldados del marqués un trozo de caballería que desfilábase por el camino de Valsbrallima creyeron era el enemigo, que intentaba cortarles por retaguardia, y dispararon sobre ellos una granizada, que lisiando malamente á unos, hizo volver heridos apresuradamente á otros, y desbandarse los demás. Cuando por los clamores de los heridos en su gerga tudeca conocieron la equivocación, renegaron de su atolondramiento y del mal consejo de su pavorosa.

El grueso de la gente imperial, que llegó en esto á las cercas del santuario, creyóse bien sostenida por los mosqueteros parapetados en la arboleda, y protegido por las gentes de guerra, que suponía dentro del edificio, y ordenando en lo posible sus filas, dió la cara nuevamente á los implacables guerrilleros.

Inmediatamente cayeron como un torbellino sobre los desesperados realistas. Cruzábase las armas, derribábase en el choque giuntes y caballos. crugan los golpes, y pronto amigos y adversarios peleaban mezclados, confundidos en voluble y pavoroso remolino.

—¿Dónde está ese indigno ministro del Señor?... grita un guerrero,

que sala de la espeura, cabalgando en blanco palfren, y blandiendo tajante cuchilla. ¡A mí, á mí!... revoltoso Acuña!... á mí!... escándalo de la religión!

Como una sombra traída por el viento, apareció ante el arrogante relator su próbado antagonista.

—Desde Vilsbráginá os vengo buscando, señor marqués!... á vos, el saltador de mis reales, á vos!... el violador de la paz! Pero tenéis un jaco, que me río yo del vendaball!...

El marqués lanzó un ruido á esta ponzante invectiva.

Vibró al propio tiempo su espada sobre la cabeza del animoso prelado. El golpe fué parado y devuelto con aplomo y bravura.

—Creísteis encontrarme dormido, le apostrofaba el comunero; y llegasteis como los lobeznos al redil... sin duda os dañó los ojos la luz del sol.

Las espadas entrelamó parecían dos serpientes de fuego en mortaj y devoradora contienda.

—Os he predicado, como á póstol, la libertad y la justicia; os he perdonado como cristiano, la sin razón y el ultraje, os he llamado, como caballero, á la fé y al honor. Me habeis devuelto mancolla y amargura. Ahora empuñola espada de Gedeon y de Samel.

La toledana hoja del marqués saltó á un grito de Acuña en tres ó cuatro pedazos, quedándose indefenso y á merced de su mala fortuna.

—Tomad otra espada, señor marqués, y aprended á respetar á los soldados de la nación.

Estas nobles y severas palabras del prelado comunero, en el instante que era dueño de la vida del desarmado enemigo, eurocieieron á este el rostro, é iluminaron los ojos de aquel.

Un grupo de combatientes se interpuso entre ambos adalides, y les apartó, mal su grado, de tan terrible duelo.

Los realistas llevaban entre tanto lo peor del tranca. Acosados, divididos y mal trechos por los esforzados clérigos, que capitanea el indomable obispo, agotan los últimos alientos de su desesperacion. El desaliento ha condido en sus ánimos. Algunos han ya su salud á la velocidad de sus caballos.

La pelea toca en el último episodio.

Una corta escuadra de jóvenes espellanes, despues de haber puesto á varios Tudecos que no bay por donde tomarles, abarda la posición de los mosqueteros, parapetados, en el fragoso plantío. Reciben sin gran lesion un disparo general, y saltando con brío desembarazó los setos y matorrales, limpian en un momento de rujianes el peligroso bosquecillo.

Desde este momento los imperiales creyeron llegado su fin. Vuelven la espalda al riesgo, y echan á todo brida por barbechos y praderias, y se atoran atropelladamente en el angosto camino, cual manada de asustadizas raposas á la entrada de su madriguera.

Los comuneros se arrojaron en su seguimiento, y les llevan molidos y mal andantes hasta las mismas cercas de la villa.

El reloj de la iglesia mayor vibraba una sorda y tristísima campanada.

CAPÍTULO XV.

MENSAJE REAL.

Aun no despuntaban los primeros asomos del día por las bunildes colinas que corona el sombrero monte de Carvajal. El vigia de Tordehumos no había hecho la señal de la primera batida, y la fortaleza estaba silenciosa y tranquila, aunque no descuidada ni mal segura. Su castellano, encerrado en un peballón de noche y mal recostado sobre el lecho de campaña, contaba impaciente los cuartos de velada que restan á la venta de la nueva luz; porque la cama es un pótro de espinas, cuando las agitaciones del espíritu ahuyentan de los ojos la reparadora venida del sueño.

Y D. Pedro Girón no dormía, ni ha puesto nada de su parte para ello. Da por el contrario vueltas y mas vueltas sobre las blandas pieles de venado y tigre, y de vez en cuando murmura palabras vehementes, entre uno que otro mal compuesto vagido que pugna por escapar de su pecho varonil. Hace un razonable espacio que así lucha con el angustioso pervigilio: Faltada quizá su enagenación, ha intentado sacudir el peso de las impresiones dominantes, y ha querido apagar el fuego de su pensamiento, embotándole en una inercia, en una atónia moral y negativa, en la anonadacion de todas sus facultades por un esfuerzo sobrehumano de la voluntad. Todo inútil. En medio de esa postracion, en las tinieblas y vacío de ese prolapsus facticio surge bajo cualquier forma lo mismo que se quiere olvidar; y sin quererlo, al conocerlo, la mente se encuentra á poco víctima de la tiránica y dolorosa preocupacion.

Granda sin duda es la que mortifica el espíritu de D. Pedro, y debe tener relacion con asunto grave y de reciente cuanto poderoso interés. Ah!... Ya damos con el punto de nuestra indiscreta curiosidad. Sus

¡Ah! acaban de pronunciar un nombre!... de su boca ha salido fugaz y ardorosa una palabra!—(For del mar!...)

Y la sigue un prolongado suspiro, que se extingue sin eco en la nocturna soledad.

Acaso no ha cerrado el convido labio, cuando el crudo son de una bocina le hace saltar del calentamiento y desordenado lecho; y se dirige á la mina que dá sobre la muralla del norte, y registra la avenida de la poterna, delante de la cual resuena la estrepitosa llamada.

—Ya sé quien es; prorumpa de pronto parándose en medio de la estancia.

Replétese á este tiempo el marcial anuncio que pone en movimiento á la guarnición de la torre, y hace apuntar las balistas por los adarbes.

—El es!... conozco la voz de su heraldo de armas, prosiguió el duque, hablando consigo mismo. ¡Calientes debe traer los acicates pardiés!

—¡Plazo por la reina y la comunidad!... repitió ahora claramente el caballeresco precursor.

—¡Mensaje real!... contesta el de Giron, saliendo de su ensimismamiento.

Y dando dos pasos, corrió el pestillo á la maciza puerta, en ademán de salir del pabellón.

(Continuad.)

ULRICO DE ANDUZ.

(Continuacion.)

—El señor Charloux, me parece un hombre de bien...

—Sí, todo el mundo es hombre de bien; á lo menos así lo dicen; pero sabes que es cruel casarse, con ese hombre de bien por añadidura?

—Ya creo que tú no lo necesitas para nada.

—Pero él me necesita á mí; es una sombra que me va á seguir á todas partes... ¿qué sombra! Tú no te puedes figurar nunca la revolución que hace en mí ese hombre, cuando le veo venir, con su casaca azul, su eterno chaleco blanco, y sobre todo con su figura que es una parodia de la figura de Myrrha. Te aseguro bajo mi palabra de honor que se me cae el alma á los pies cuando lo veo. ¿Qué será cuando ya está casado?

—Viajarás.

—Y me seguirá. ¿No tienes tú suegro, Durand?

—Tengo dos; suegro y suegra.

—Ya lo entiendo. ¿Y qué haces con ellos?

—Hombre, amueblan la sala de baile, porque yo gusto de la sociedad.

—¡Ah! tú te resignas á todo, y yo... no me resigno á nada.

—Ya tendrás juicio con el tiempo.

—Eso quiere decir que estoy loco.

—No; pero te pareces al conde Gerard.

—Dale con el conde Gerard... Vaya, hablame algo de Myrrha. ¿Qué te parece?

—Encantadora: te lo he dicho mil veces.

—¿Y crees que me ama?

—¿Por qué no ha de amarte?

—Si te ha de decir la verdad, no la encuentro muy cariñosa cuando está á mi lado.

—Eso es muy natural; una doncella es siempre tímida.

—¡La vispera de su casamiento!

—Sin duda.

—No es eso lo que se lee por todas partes en las novelas, en las comedias y en las óperas. Se ha apoderado de mi alma una idea que la atormenta de continuo; jamás hallaré una mujer que se eleve al éxtasis de mi amor, que me devuelva una llama tan ardiente como la mía. Destinado á atravesar la carrera de la vida con un corazón lleno de la mas impetuosa pasión, no recibiré en pago otra cosa que frías demostraciones, aconsejadas por la educación, las conveniencias y las preocupaciones sociales.

—No te quejes tan temprano, es el primer paso que das en el mundo, y declamas contra él sin conocerlo.

—Sí; he vivido hasta la edad de 24 años en mis Ceyenas, y hace poco mas de uno que he entrado en la sociedad. Menos tiempo es bastante para conocerla: no, estoy seguro de que no será feliz en ella. Todos mis días estan llenos de lágrimas; compró con horas de enojo algunos momentos de felicidad; y cuando esta felicidad llega la felicidad por que ha suspirado tanto, la felicidad de estar sentado, al lado de una joven y hablarle de ella y de mi amor, nada suéde como yo me lo había figurado; ni digo lo que queria decir, ni me responden lo que yo esperaba. Acumulo con tesoros de amor en mi pe-

cho, y mi pecho se oprime insensiblemente, y la voz me falta y aquel mundo de ideas que yo venia á sentir á sus pies se desvanece como el humo. Suena en derredor de mí un rumor de palabras estranas, háblame una lengua que no entiendo. La pobre joven aprisionada en el círculo de las venganzas ordinarias, no siente un solo impulso que la eleve á aquella region ideal donde mi espíritu la llama para un casto coloquio. Sentados uno enfrente de otro, sus manos en las mías y mis ojos clavados en los suyos, ¡hay sin embargo un mundo interpuesto entre los dos!

Calló Ulrico y cogió el brazo de su amigo. Paseáronse largo rato todavá en torno del anfiteatro; no se oía mas ruido que el del viento que atormentaba las coronas de líquen y jaramago pendientes de los vomitorios, y el relinchar de los caballos colocados en fila ante las arruinadas galerías que sirvieron de asiento á los ediles y cónsules. El nocturno silencio que reina en torno de los monumentos antiguos es mas ruidoso que el estrépito de la borrasca entre las rocas de la mar, ó el murmurar del gentío en las plazas de una ciudad populosa. Aquellos anchurosos pórticos narran con voz solemne las lamentables historias de los pasados siglos. La noche interroga á las ruinas, y estas responden á la noche, permaneciendo mudas á las preguntas del día.

—Llama á la puerta de la conserjería, dijo Ulrico; date á conocer y entremos en el anfiteatro, que mas nos consolará el sentarnos sobre esas ruinas que sobre sitialos de terciopelo.

—Abrió la reja el conserje, y entraron en las Arenas.

Vamos á sentarnos, dijo Ulrico, ante los palcos de las cortesanas: esta grada se la disputaba en otro tiempo la juventud de las Galias; hoy está abandonada y sola. (Qué tiempo aquel tan dichoso!) Corria la vida arrebatando en su anchurosa carrera y sin dejar ni un momento á la reflexión ni á los pesares. (Qué pequeño es el hombre comparado con el de aquellas edades! Necesitaba entonces pedazos de montañas para que le sirvieran de casaca; velos de púrpura para sus parasoles; un pueblo de cortesanas para adornar de sus anfitrionos; los rugidos de todos los monstruos de Barca para servir de orquesta á sus dramas. ¡Aquello era vida! La melancolía y el fastidio son dos invenciones modernas, y en ninguna parte aparece tan clara esta novedad como en medio de estas ruinas. ¡Qué mezquinos nos hemos hecho! Tenemos teatros pequeños, pequeños retratos, comidas pequeñas y pequeños amores; sobra una uña pudiera escribirse el programa de los placeres que recibimos en la cuna. En la ciudad actual no tiene cabida la virtud ni la corrupción; luchamos en medio de una civilización insulsa y fátua, con un código de moral que no es ni la religion ni la impiedad. Los trabajadores se dan por contentos de matar el tiempo; los ricos y los ociosos atraviesan las ciudades con la bolsa en la mano pidiendo emociones en cambio de su oro; gastan este, y no reciben nada en recompensa.

Todo está compasado en la existencia; se tiran á perder nuestras sensaciones; un notario registra y numera nuestros gozes; os regatea un padre el lecho nupcial de su hija; cotiza el éxtasis, y reduce la pasión á tarifa; enciende un alguacil con papel sellado las antorchas de himen; se toma con seriedad este soplo epiléptico que llamamos vida, y se le divide en no sé cuántas cañillas en los cartones del estado civil. ¿No te parece muy ridiculo todo esto?

Sonrióse Ulrico amargamente desgrasando un pedazo de cemento romano.

—Singular disposición para el matrimonio, le dijo su amigo: mira el mundo desde la altura de 13 siglos. Y mucho habrás de achisarte para ponerte ahora á su nivel. Joven, rico, buen mozo, empieza para ser desgraciado el mismo esfuerzo que otros para llegar á ser felices. ¿Cómo se te ocurrió el enamorarte, pobre Ulrico?

—¿Qué quieres? es una fatalidad. Me encontré al paso una muchacha, y perdí la cabeza. Ahora soy cuerdo; mañana será insensato. Me arrastra una pasión loca y... muy bien sé lo que me espera al cabo. Cuando haya consumado todos mis sacrificios, cuando esa mujer haya arrojado sobre mi cuello las heroicas cadenas de sus rubios cabellos, diré yo cruzando mis manos sobre la cabeza: ¿Con qué no es mas que esto?

—Quizá.

—Sí; lo diré; estoy en este momento en mi intermitencia de razon; déjame discurrir. Es el último día de libertad que gozo. He querido subir muy alto esta noche para aprovechar el aturdimiento de mi caída y poner el anillo nupcial en el dedo de la esposa. ¡Oh! si fuese tiempo de volver atrás!

—El honor! Ulrico, el honor!

—¡El honor! (pero acaso he comprometido yo á esta mujer? Ella me tiene distante como si fuese un escornillado; la otra tarde me dió á besar la punta de su guante, y ha alborotado el mundo con esa bagatela. Cuando yo estoy rodeado de una atmósfera de amor, cuando la llama enrojece mi frente, y mis palabras caen de mis labios como centellas, su alma permanece tranquila y su rostro inmóvil y sereno.

Yo no conozco á las mujeres mas que por los libros. ¡Oh! ¡los libros las han calumniado si todas se parecen á Myrrha! ¡Mañana mismo puedo abandonarla sin haber ajado un pliegue siquiera de su virginal vestidol

—Pero tú no la abandonarás?

—Ah! ¡no estaré mañana otra vez á sus pies! Si mañana hay un baile en el castillo de Remouleus, baile hermoso, deliciosa noche! He venido aquí á recobrar fuerzas en este aire poderoso donde se ciernen tal vez heroicas sombras; no quiero sacudir en el umbral de la fiesta este polvo pegado á mis pies. Veremos mañana... Amigo mío! amigo mío! mira allí, á la derecha, hay un pórtico negro que encuadra la constelacion de Prion; baja mas la vista hácia aquel lienzo de pared hundido y cubierto de yedra: ¡distingues por aquella brecha un ángulo del palacio y un poco mas lejos un vidrio que brilla como un lucero, pues aquel es el cuarto de Myrrha, delante de la esplanada.

—Está velando la hermosa niña?

—Duerme, duerme con la tranquilidad de un ángel! Es su lámpara la que vela? Verás cómo su tez está sonrosada al levantarse. Los celos únicamente turban el sueño de las mujeres, el amor nunca.

(Continuará.)

A ELLA.

I.

A ella mis versos, mis cantos á ella dirijo tan solo, porque ardo de amor. Mi triste, doliente, y amarga querrela tambien la dirijo con débil clamor.

Tambien la dirijo rendido y amante los hondos suspiros de mi corazón. Por ella mi seno, de amor palpitante, tambien le dirije su eterna pasion.

Ella es de mis sueños fantásticos de oro el ángel hermoso que viera reir, el ángel que en medio de fúlgido coro mas que otro ninguno le viera lucir.

El único norte de mi pensamiento es ella, á quien solo le sé dirigir. En ella pensando si de ella me ausento á ella estasiado mirando al venir.

Son muchas sus gracias. La mas hechicera de todas las ninfas es ella quizas. No es tanto la diosa que Chipre venera, A todas las obras de Dios deja atrás.

Si mira, y sonrie benévola, encanta; porque ella enojada no sabe mirar. Si en bailes meneas la mínima planta, el alma en pos suyo se deja arrastrar.

II.

Y cuando despide el viento de su labio de carmin el encantador acento de argentinas y pura voz;

Yo la escucho entusiasmado, llena de efusion el alma; porque solo con agrado despliega el labio veloz.

¡Cuán flexible es su cintura! ¡Qué alabastrino su cuello! No hay mas perfecta hermosa en ningun ser celestial.

Ella es un ángel del cielo que existe en formas humanas por privilegio en el suelo con su brillo angelical.

Es imposible mirarla, y en especial conocerla, y prescindir de adorarla con ardiente frenesi;

Porque no ha visto como ella en sus delirios Mahoma ninguna virgen tan bella, ni tan peregrina houri.

Por eso yo triste lloro, sin atreverme á decirle: «Ay! hermosa, yo te adoro con todo mi corazón.»

Porque es grande la distancia que entre los dos puso el cielo, y conozco la importancia de tan audaz pretension.

Y cual learo imprudente con débil ala de cera arrebatado y demente no quiero al cielo volar;

Porque estoy bien convencido de que mis débiles alas en vuelo tan atrevido no me podrán sustentar.

Perder el bien que poseo no quiero por imprudencia; porque nada yo deseo mas que adorarla con fé.

Yo devoraré en mi seno la pena que me devora; y sin decirle que peno, en silencio pensaré.

III.

Yo nada tengo que ofrecerle ¡loco! cuando ella (justo Dios) tanto merece. Tan solo un corazón... pero tampoco, porque ese corazón le pertenece.

Respeto, amor, adoracion inspira, y no sé qué ofrecerle reverente, Todos los sonos de mi dulce lira, y los delirios todos de mi mente.

Por ella solo entonaré canciones, á ella solamente dedicadas, Ella me colmará de inspiraciones, que serán con placer por mí cantadas.

En ella pensaré mientras reside en este mar de lágrimas profundo. En ella pensaré, si hay otra vida, y después de este mundo, hay otro mundo.

Y si sobre mi tumba en algun dia ella llegara, y derramara en ella una lágrima sola de ambrosia, rauda surcando su mejilla bella;

No trocará mi suerte con ninguna; porque grato me fuera al sol brillante, ó al páldo lucir de blanca luna, verla rodar por mí, por su semblante.

RAMON FLORENTINO MORETE.



Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO & ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.